

Infancia, calle y supervivencia: el caso de La Paz y El Alto (Bolivia)

Robin Cavagnoud

Pontificia Universidad Católica del Perú PUCP, Lima, Perú

* Robin Cavagnoud es sociodemógrafo, profesor investigador en el Departamento de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Correo electrónico: rcavagnoud@pucp.pe

Infancia, calle y supervivencia: el caso de La Paz y El Alto (Bolivia)

RESUMEN

Los niños que rompen los vínculos con su familia entran en el universo de la calle y se socializan con grupos de pares, con los cuales comparten actividades cotidianas como el trabajo, el robo o el consumo de alcohol e inhalantes. Sus condiciones de existencia se asocian frecuentemente con la supervivencia. Sin embargo, el estudio de sus trayectos de vida enseña que el uso de este término no resulta siempre adecuado. Según la implementación de soportes y las formas de estabilidad que los niños logran mantener con sus pares y el medio asociativo, la supervivencia desaparece en favor de un control, aleatorio pero real, de su destino. A partir de una investigación en La Paz y El Alto (Bolivia) compuesta por observaciones y relatos de vida de niños y jóvenes en situación de calle, este artículo evidencia las transiciones hacia y fuera de la supervivencia en su itinerario biográfico con el fin de caracterizar esta noción.

Palabras clave: infancia, calle, supervivencia, familia, trabajo, ONG, La Paz, El Alto.

Childhood, street and survival: The case of La Paz and El Alto (Bolivia)

ABSTRACT

Children out of family relationships enter the world of street and socialize with groups of peers with whom they share daily activities like work, theft and alcohol and inhalants consumption. Their lives are commonly associated with survival. However, the study of their life courses shows that the use of this term is not always adequate. Following implementation of supports and forms of stability that children reach to maintain with peers and associations, survival gives way to a relative control, random but real, of their destiny. From a fieldwork in La Paz and El Alto (Bolivia) with observations and children life stories in street situation, the article highlights transitions to and out of survival in their biographical course to characterize this notion.

Keywords: childhood, street, survival, family, work, NGO, La Paz, El Alto.

1. INTRODUCCIÓN

El tema de los niños¹ en situación de calle ha dado lugar a numerosos trabajos de ciencias sociales desde los años 1980, particularmente en África y América Latina. Frente a la diversidad de estudios que tienen el mérito de distinguir el análisis científico de los sentimientos morales, se destacan los trabajos sobre las estrategias de supervivencia de los niños por medio del robo y del comercio ambulatorio en las metrópolis latinoamericanas (Lucchini, 1996; Pérez López, 2009), el funcionamiento de los grupos de niños sobre la base de vínculos afectivos alternativos a la familia (Suremain, 2006 y 2013) o los factores estructurales de marginalización (Stoecklin, 2000). Otros estudios abordaron la función del grupo (Taracena y Tavera, 2005), el consumo de inhalantes y drogas (Lucchini, 1993; Pérez López, 2010), la dimensión de la sexualidad adolescente en la calle (Merienne Sierra, 1994) o el uso del espacio público frente a la represión de las autoridades (Morelle, 2007). Es frecuente atribuir a la vida de estos niños una situación que se caracteriza por la supervivencia sin iniciar una reflexión más profunda sobre este concepto. En este sentido, ¿se puede afirmar que la historia personal y la condición cotidiana de los niños en situación de calle están cruzadas unilateralmente por la supervivencia? ¿No convendría más bien identificar cambios en el trayecto biográfico de estos niños, los cuales manifiestan transiciones entre fases en la supervivencia y fuera de ella?

La noción de precariedad es objeto de numerosos estudios que ponen énfasis en sus múltiples dimensiones. Por lo general, se define por la inestabilidad que acarrea el riesgo para un hogar de entrar o permanecer en dificultades económicas, en particular a raíz de los altibajos que los individuos pueden encontrar en el mercado laboral y a la fragilidad de los ingresos con respecto al número de horas trabajadas (Castel, 2009). Esta discontinuidad entre las secuencias de trabajo y de no trabajo se acompaña de un sentimiento de inseguridad ante el porvenir, de un temor a la exclusión y al deterioro de las condiciones materiales, así como de una incertidumbre «existencial» relacionada con las evoluciones de la modernidad (Bresson, 2007, p. 7). La pobreza se distingue de la precariedad en que se determina por una línea, calculada según normas calóricas y el monto de una canasta de consumo alimentario, al cual se agregan otros indicadores, como el acceso a los servicios de salud y educación o la participación en instituciones democráticas (Herrera, Razafindrakoto y Roubaud, 2006). Por último, el concepto de supervivencia, menos definido por las ciencias sociales, requiere una atención más peculiar y debe ser entendido como una forma de precariedad «extrema» que traduce una relación con el provenir «reducida a la escala temporal de lo cotidiano» y fuertemente vinculada con las desigualdades

¹ En este artículo, la aceptación del término niño adoptada es voluntariamente amplia e incluye tanto a niños como a adolescentes, que también forman parte de la categoría de juventud.

sociales (Cavagnoud, 2012, p. 221). Se puede vincular también con las nociones de desafiación (Castel, 2009), de exclusión y de marginalidad, usadas para calificar las formas de pobreza en las metrópolis latinoamericanas (Fassin, 1996). Sin embargo, ¿qué condiciones de existencia permiten emplear este término en el contexto de los niños en situación de calle?

El objetivo de este artículo consiste en profundizar la comprensión de la supervivencia en referencia a la situación de los niños en ruptura con su familia, a prueba de su realidad cotidiana y de su trayecto de vida. No se trata aquí de considerar este concepto como única herramienta al servicio del análisis, sino de discutir su aplicación según las relaciones que los niños van tejiendo en el universo de la calle y de las formas de estabilidad que logran construir a lo largo del tiempo.

2. METODOLOGÍA Y POBLACIÓN ESTUDIADA

Este análisis se apoya en una investigación realizada entre octubre de 2010 y julio de 2011 en la metrópolis de La Paz y El Alto en Bolivia en una muestra de veintitrés niños y jóvenes en situación de calle, de 10 a 31 años de edad, encontrados en espacios públicos o en una de las instituciones que trabajan con esta población. Nuestro material empírico se constituye por entrevistas abiertas y relatos de vida que recuerdan la historia de cada niño y joven desde su nacimiento y observaciones etnográficas con grupos que se encuentran en la calle (canchas de fútbol, puentes, entradas de mercado). El día de la entrevista, varios individuos entrevistados resultaban ser jóvenes adultos que se encontraban en situación de calle durante su infancia. En estos casos, hemos privilegiado una mirada retrospectiva sobre su experiencia de vida en la calle varios años atrás y la evolución de su trayectoria a raíz de esta secuencia en ruptura con la familia. Para enfrentar las aproximaciones en cuanto a las fechas y a los recuerdos de su estadía en la calle, y conseguir de esta manera los relatos más objetivos posibles, fue útil repetir las entrevistas y asimismo especificar las etapas de su historia personal y los testimonios sobre lo vivido.

La singularidad de esta investigación es de fundamentarse en los trayectos biográficos de niños que viven o que han vivido en la calle. Este enfoque cualitativo permite identificar las situaciones de ruptura que han marcado su existencia y modificado su itinerario personal, así como observar a posteriori las fases de recomposición a raíz de estos eventos, en respuesta a sus iniciativas o de manera independiente a su voluntad. Los datos de esta investigación han sido analizados con ayuda de la ficha *Ageven*, una herramienta que permite ubicar y relacionar los eventos que ocurren a lo largo de la historia de vida de un individuo (niño *ego* en este caso) y que hacen evolucionar su trayecto personal para desembocar en la situación observada el día de la entrevista. La unidad de tiempo t de esta tabla se expresa

en años a partir del nacimiento de *ego* hasta el momento de la encuesta. Los eventos importantes de su trayecto se inscriben en la columna temática que les corresponde (familia, calle, institución, trabajo, escuela) y manifiestan un cambio o el punto de partida de una situación prolongada de su historia de vida. El uso de esta herramienta presenta la ventaja de privilegiar un enfoque biográfico y dinámico para estudiar la noción de supervivencia, que al igual que la precariedad, solo se puede estudiar en el tiempo largo y no en un momento fijo.

Las observaciones etnográficas han sido registradas principalmente en el barrio de La Ceja, ubicado en la entrada de El Alto. Esta zona urbana constituye un nudo de las vías de comunicación procedentes de La Paz y del exterior de la ciudad. Concentra importantes flujos comerciales (galerías y puestos ambulantes), de transeúntes y transportes urbanos a lo largo del día y de la noche. Este barrio, en el límite de La Paz y El Alto, representa por lo tanto un espacio de recursos, es decir, un territorio que ofrece numerosas actividades lícitas e ilícitas a los niños y jóvenes en situación de calle a merced de sus oportunidades y motivaciones.

Las asociaciones y organizaciones no gubernamentales-ONG estiman entre unos 1000 y 6000 el número de niños y adolescentes menores de 18 años en situación de calle en La Paz y El Alto. Sin embargo, estas cifras deben ser consideradas con precaución, pues ciertas organizaciones incluyen a niños que trabajan en la calle como vendedores ambulantes o lustradores de botas sin ruptura de los vínculos familiares, lo cual constituye una problemática distinta. Además, como veremos más adelante, la frecuencia de los cambios entre la familia, la calle, el medio institucional y eventualmente la cárcel indica la movilidad de esta población y la imposibilidad de contarla con precisión. Más allá de estas cifras, lo interesante tiene que ver con la vida de estos niños desde un punto de vista cualitativo, así como el grado de marginalidad en la calle para constituir un eventual espacio de estabilidad y evitar una situación calificada de supervivencia. En este artículo se decidió, por lo tanto, superar el paradigma de la pobreza, que si bien toma en cuenta dimensiones subjetivas y no estadísticas, también contiene una noción relacionada con los estudios cuantitativos, para privilegiar una aproximación por la precariedad que llega a una situación de supervivencia en su forma más «radical».

De entrada, no se nota ninguna unidad en el trayecto de los niños y adolescentes en situación de calle en La Paz y El Alto, cada uno con una historia de vida singular e incomparable. Este artículo apunta a presentar las tendencias que se observan a partir de un trabajo prosopográfico y de enlace entre las pruebas personales y los desafíos colectivos de los niños. Propone una interpretación de un fenómeno marginal, fragmentado y dispersado, a partir de la reunión de más de veinte casos, reconstituyendo el significado de lo vivido por los niños y jóvenes. Existe una diversidad de relaciones con la calle y de trayectos sociales, lo que indica la declinación de la precariedad entre sus formas «bajo control» y sus peores

manifestaciones. Este trabajo se inscribe en una socioetnografía dinámica y se aparta de cualquier «empirismo ingenuo», inspirándose solo en las realidades expresadas por los individuos entrevistados a lo largo de esta encuesta.

3. LAS REFLEXIONES SOBRE LA SUPERVIVENCIA EN LA LITERATURA SOBRE LOS NIÑOS EN SITUACIÓN DE CALLE

Riccardo Lucchini ha profundizado en la noción de supervivencia con respecto a la problemática de los niños en situación de calle. Especifica que «la supervivencia no es fácil de definir como concepto» y que «la línea de supervivencia de los niños que salen a la calle es muy variable» (Lucchini, 1997, pp. 4 y 5). Subraya el aspecto multidimensional de esta noción —económica, cultural, social, psíquica, ambiental, ética— que forma un conjunto del cual resulta imposible determinar un límite único «a partir del cual las condiciones de existencia del individuo y/o del grupo corresponden con la supervivencia» (Lucchini, 1997, pp. 4 y 5). Esta remite a una situación que se escapa de condiciones de vida «normales» en relación con consideraciones éticas y en las cuales «el individuo se arriesga a desaparecer físicamente» (Lucchini, 1997, pp. 4 y 5). Induce el paso de condiciones sociales empeoradas a una amenaza de la muerte, lo cual fue ilustrado por Charles-Édouard de Suremain sobre los niños en situación de calle en La Paz y El Alto a raíz del consumo de alcohol y la violencia entre grupos rivales (Suremain, 2006). Solo una descripción detallada del contexto debe dar lugar a un acercamiento satisfactorio y preciso de este concepto a partir de las necesidades concretas de los individuos concernidos y la ausencia eventual de respuesta positiva a estas necesidades por los entornos del niño o del mismo niño. En el prefacio del libro de Ruth Pérez López, *Vivre et survivre à Mexico. Enfants et jeunes de la rue*, Riccardo Lucchini explica también que «la noción de supervivencia, utilizada para designar la existencia del niño en situación de calle, es imprecisa y fuente de malentendidos» (Pérez López, 2009, p. 10). La autora del libro desarrolla esta idea declarando que «los jóvenes de la calle no viven constantemente bajo la presión de la supervivencia [pues] consiguen implementar ciertas rutinas elaboradas a partir del desarrollo de una red de relaciones y del uso que hacen del espacio» (Pérez López, 2009, p. 21).

El alejamiento de una situación de supervivencia corresponde efectivamente con «el apego a un lugar [en el cual los niños] proyectan un valor afectivo y pues una parte de su identidad, de su “ser”» (Morelle, 2007, p. 146). Pero esta necesidad se enfrenta frecuentemente, en Bolivia y en otras partes del mundo, con la oposición de las autoridades municipales que los expulsan de estos lugares por medio de la fuerza. En las metrópolis brasileñas, Tobias Hecht (1998) demuestra en este aspecto que la lucha de los niños por la supervivencia se refiere al riesgo de ser asesinados

por la policía o sus pares dentro de los grupos. Sus trabajos indican asimismo que la pertenencia a un grupo es una situación principalmente transitoria frente a la constante amenaza de su violencia interna, un fenómeno que se observa también en el caso de La Paz y El Alto.

Por último, nuevamente en el ejemplo de México, Ruth Pérez López explica que «la supervivencia corresponde con una etapa transitoria que se va superando a partir del momento en que el niño se integra a un grupo» (Pérez López, 2007, p. 76). Si se puede matizar la variable de entrada de un niño en un grupo como factor de salida de la supervivencia, Pérez López deja entender que solo un enfoque dinámico basado en la historia de cada niño nos permite comprender su eventual clasificación en la supervivencia. Se trata del enfoque que proponemos a partir de los relatos de vida que nos entregaron los niños y jóvenes encontrados en La Paz y El Alto, los cuales nos permiten distinguir las etapas más importantes de su trayecto personal. Si bien existe un uso frecuente del término *supervivencia* para calificar la vida de los niños en situación de calle, esta noción ha sido poco desarrollada como objeto de discusión. Nuestra hipótesis es que la supervivencia es una manifestación de la precariedad, una parte de esta, en sus formas más radicales, tal como lo propusimos en los casos de adolescentes trabajadores que abandonan el sistema escolar en Lima para estar fuera de todo proyecto de movilidad social por la escuela (Cavagnoud, 2011 y 2012). Por tanto, examinaremos en este artículo la pertinencia y la conceptualización de esta noción como tal en el caso de los niños en situación de calle, y no su aplicación como categoría de análisis presumida.

4. LA PARTIDA DE LA FAMILIA COMO SITUACIÓN DE RUPTURA COMÚN A LOS NIÑOS

La primera característica común de los niños en situación de calle tiene que ver con su partida de la familia. Este evento está provocado por las condiciones de vida en el hogar como el alcoholismo de los padres, la pobreza en una familia monoparental con una hermandad numerosa o, entre otros, el fallecimiento de uno de los padres. Puede corresponder con la elección del niño de dejar el domicilio de forma duradera, hasta definitiva, o con motivos que conducen a la familia a abandonar al niño. El primer caso es más frecuente. Es el desenlace de un profundo malestar experimentado por los jóvenes a lo largo de su infancia en el espacio doméstico, en particular a raíz de la violencia ejercida por los padres en un contexto constante de gran precariedad socioeconómica.

Jhonny (19 años, en situación de calle desde los 5 años): «Siempre me he escapado de la casa de mis padres. A los 5 años, me fui a la calle y me han encontrado en un barrio lejos de mi casa. Empecé a abandonar la escuela y a esta edad ya tenía amigos que andaban en la calle. Me iba a la cancha de fútbol para fumar.

Mi familia me ha hecho mucho daño. Mi madre y mi padre se peleaban fuerte y muchas veces nos pegaban también a nosotros. Eso nos traumaba».

La violencia simbólica —y en muchos casos física— en la familia, expresada en los conflictos entre padres y el vínculo con un sistema patriarcal que inferioriza a las mujeres y a los niños, conduce a los chicos, en promedio entre los 5 y 8 años de edad, a rechazar el domicilio familiar. Mientras algunos aguantan estas relaciones de tensión y las condiciones de vida difíciles, otros buscan resolver sus problemas alejándose del hogar para vivir en la calle, en barrios alejados de su residencia de origen, con niños de aproximadamente la misma edad, que comparten una experiencia común del malestar familiar. Cada niño muestra disposiciones diferenciadas para enfrentar este tipo de violencia, lo cual explica por qué algunos se quedan en la familia mientras que otros salen de ella (Lucchini, 1997, p. 1).

En términos de estructura familiar, la presencia continua del padre con la madre y sus hijos no garantiza necesariamente una estabilidad económica y emocional más importante en el hogar. Existen numerosos casos de alcoholismo del padre y de la madre, lo que engendra un ambiente de tensión y de violencia, tanto entre padres como entre padres e hijos. Se trata de un motivo de rechazo recurrente; los niños buscan fuera de la familia y en la calle un entorno alternativo, con el fin de contemplar un alivio de la vida cotidiana que corresponde con una forma de supervivencia psíquica. El alejamiento progresivo —y a veces espontáneo— del círculo doméstico aparece en el itinerario de los niños como el resultado de una serie de eventos que desembocan en una situación de ruptura. Esta concreta la oposición cada vez más clara que se establece entre el universo familiar y el de la calle: escapándose de los daños del primero, la segunda se convierte en su principal marco de vida. La calle cesa de ser un lugar anónimo. Cada niño que sale de su familia comparte las mismas preocupaciones cotidianas, materiales y afectivas con otros niños. Si los chicos son los primeros expuestos por una fuga de la familia durante la infancia (en promedio hacia los 8 años), las chicas conocen historias de abandono similares, pero que suelen acontecer durante la adolescencia.

Fabiola (20 años, en situación de calle desde los 15 años): «Cuando era pequeña, había muchas necesidades en mi casa. Cuando mis padres se separaron, tenía 5 años y todo se empeoró muy rápido en mi familia. Ya no teníamos plata, apenas para comer. Mi madre se iba a lavar ropa o nos ponía a trabajar en lo primero que se presentaba. Nos dejaba solos en la casa con mis hermanos y regresaba a la casa muy tarde en la noche sin tener tiempo para atendernos, para ayudarnos en las tareas en la escuela [...] A los 10 años empecé a trabajar cuidando a niños para ayudarla, y al mismo tiempo iba a estudiar. Hacia los 15 años, me escapaba de mi casa en la noche para salir a tomar con mis amigos. Mi hermano mayor me pegaba para castigarme. Es a partir de entonces que empecé a abandonar el

colegio y que todas las noches me iba a las discotecas. Me acostumbré a ya no estar en mi casa».

Esta transición de una posición en la familia con responsabilidades económicas a una autonomía en la calle y en los espacios relacionados con ella (discotecas, bares, casinos), provocada por motivaciones personales, es muy marcada en un país como Bolivia, en el cual las relaciones familiares son estrechas y donde los fundamentos antropológicos descansan en la familia y no en las prerrogativas del Estado. Esta ruptura resulta muy estigmatizante en el caso de adolescentes mujeres, pues cesan de corresponder con la imagen admitida y con las funciones esperadas de las jóvenes en el imaginario latinoamericano: la de ser «la chica de su casa» (Nencel, 1996) — es decir, junto con sus padres en la familia— y de estudiar en el colegio mientras cuida a sus hermanos menores. Toda desviación con la presencia de las jóvenes en los espacios reconocidos como legítimos (familia, escuela) se parece a una trasgresión que se refuerza cuando las adolescentes recurren a la prostitución tras la huida de su casa. Se las considera con un estatus de «extranjeras al grupo» (Becker, 1985, p. 25; Cavagnoud, 2013, p. 97) en la medida en que se distancian de las características tradicionales asignadas a las adolescentes en la sociedad boliviana y de los roles sociales correspondientes.

La ruptura con la familia es, pues, el evento fundador común a todos los niños de ambos sexos en situación de calle y acompaña su entrada en este universo social. La violencia en la familia, la carencia aguda de recursos económicos o la falta de atención y de apoyo emocional evocado por los niños, en particular aquellos que ocupan una posición de mayor en su hermandad, terminan con una salida —voluntaria, más que forzada— a la calle. Así, la separación familiar no es un evento repentino e imprevisible en el trayecto de vida de los niños: depende de un entrelazado de los factores mencionados más arriba, experimentados en el hogar y acumulados a lo largo de la infancia. Antes del abandono de su familia, los niños y en primer lugar los varones tienden a conocer una primera experiencia en la calle durante unas semanas o varios meses. Esta entrada progresiva en un modo de desviación se realiza según una alternancia entre secuencias de vida con la familia y en la calle con los pares. Se socializan con grupos de niños que ya se encuentran en ruptura con su familia y se inician gradualmente al consumo de alcohol e inhalantes.

Anthony (fallecido a los 16 años, en situación de calle desde los 8 años): «A partir de los 8 años empecé a compartir mi tiempo entre la calle y mi familia. Salía varios días y ya no quería volver a mi casa, porque tenía miedo de que me castiguen. Siempre estaba con el mismo grupo de amigos. Consumíamos *clefa*², e incluso tomábamos mucho alcohol».

² La *clefa* o *clefer* es un pegamento de zapatería inhalado por los niños, como el Terokal.

Frente al rechazo y malestar experimentado en la familia, los niños tienden a expresar un profundo alivio a raíz de la salida de su domicilio. Esta fase de su trayectoria no se refiere a una situación propiamente dicha de supervivencia. Se puede hablar, por lo contrario, de una elección que corresponde con un deseo de movilidad para escaparse de una forma de supervivencia que afecta a los niños en su familia con respecto a las violencias que padecen. Para muchos, la vida en la calle permite encontrar condiciones menos abusivas que en el espacio doméstico. No refleja una elección de entrada en una carrera desviante, con sus códigos y eventuales ritos de iniciación.

Wilson (22 años, en situación de calle desde los 7 años): «Ya no aguantaba la situación en mi casa por la violencia y porque siempre veía a mi padre pegar a mi madre. Mi padre me apoyó para los útiles en la escuela hasta el segundo grado de primaria y después se acabó. Ya no me compraba nada, repetí y finalmente me fui de mi casa. Mi mamá era la que nos mantenía. Se levantaba a las cinco de la mañana para vender jugos de fruta. Un amigo del barrio ya vivía en la calle y empecé a acompañarlo. Pedíamos comida en los mercados y al menos la vida era menos difícil que en mi casa».

Este testimonio indica la importancia de la sociabilidad en la transición hacia la calle: un niño entra en este espacio porque conoce a un amigo que ya se encuentra ahí y que lo incita a seguirlo. En estas circunstancias, la mendicidad acompaña el traspaso de la familia al grupo de pares en la calle, lo cual permite en un primer momento atenuar la necesidad de dinero para comer. Corresponde con una oportunidad de ganancias, al igual que el lustrado de botas o el tirón que aparece una vez prolongada la estadía en la calle. Un amigo o hermano mayor sirve de vector de integración en este modo de existencia. Los niños encuentran una alternativa reconfortante a su situación familiar y a la violencia que obstaculiza cualquier proyecto de vida, incluyendo en relación con la asistencia escolar.

Del proceso de integración en el universo de la calle al «seminomadismo institucional»

En ruptura con su familia, los niños forman grupos y viven en lugares llamados *torrentes*, al margen de las zonas de residencia urbana, en particular debajo de los puentes. Los campamentos están delimitados por grandes lonas azules y acondicionados con carpas improvisadas, colchones de recuperación, mantas y unos hornillos para preparar comida. Varios perros que pertenecen a los niños y jóvenes se encuentran generalmente cerca de ellos y alertan en caso de visitas inesperadas, por ejemplo de la policía. El conjunto de niños y jóvenes está dividido en varios grupos pequeños de algunos miembros: unos se acomodan para dormir al lado de otros y protegerse

del frío, algunos consumen alcohol, mientras que otros juegan a la *chama*, que es muy parecida al juego de las *tabas* y que utiliza pepas de frutas. Algunos tienen la cabeza tapada con un pasamontañas para no ser reconocidos o cubrirse del estigma que representa su situación para los transeúntes (Scarneccia y Cavagnoud, 2013).

Los niños encuentran en estos espacios, al menos en un primer tiempo, un soporte social y afectivo con otros niños de la misma edad o un poco mayores. El grupo de pares se convierte en su principal entorno después de la fuga de la familia. Puede ser formado por un número variable de niños, de unos cuantos hasta varias decenas, y muestra una duración de existencia bastante heterogénea, de unos meses para algunos a varios años para otros³. Muy pocos niños o adolescentes se encuentran en la calle sin grupo, pues el hecho de vivir de forma aislada hace más difíciles las condiciones de vida día a día. Ello señala también que la presencia de un grupo de pares con el cual los niños se sienten «acariñados» es condición imprescindible de la salida de la familia. Esta reunión cubre una función primaria de socialización y de protección frente a los peligros de la calle y a las intervenciones de la policía y de las autoridades municipales que intentan regularmente desalojarlos de sus campamentos y confiscar sus pertenencias. Al mismo tiempo, les permite adquirir un reconocimiento, un estatus hacia sus pares —muchas veces enunciado por un nombre «de calle»— y, eventualmente ejercer cierto poder sobre ellos y sobre todo adoptar un estilo de vida individual y personalizado que las limitaciones en el universo familiar no les ayudaban a encontrar⁴. En estos espacios se construyen relaciones de hermandad electiva cuando están formados de individuos del mismo grupo de edades, por ejemplo entre 7 y 13 años. Se observan igualmente relaciones de pseudoparentesco cuando personas mayores de unos 20 años viven con los niños y adolescentes. Charles-Édouard de Suremain (2006) habla de «afinidad horizontal» en la medida en que se trata de relaciones elegidas a partir de vínculos de amistad o de simpatía con otros niños y que no se imponen por estructuras familiares verticales o patriarcales. Varios miembros de estos grupos explican muchas veces que ya no tienen familia, por no conocerla o por romper todo vínculo con ella. Por consiguiente, consideran al grupo como su familia efectiva, aquella con quien comparten su vida en la calle. En los casos favorables, eso funciona sobre la base de vínculos de solidaridad y ayuda mutua entre los miembros, particularmente

³ Ciertos grupos, como *Los Solitarios* o *Los Intocables*, cuyo punto de referencia se ubica cerca del cementerio municipal de La Paz, existen desde hace unos quince años. En el mismo tiempo, los campamentos de adolescentes y jóvenes debajo de los puentes en el barrio de Obrajes se han ido consolidando estos últimos años sin que les autoridades puedan desalojarlos.

⁴ En el caso de Caracas en Venezuela, Patricia Márquez subraya también un acceso facilitado a los productos de consumo (zapatos de marca, teléfonos celulares) después de una salida de la familia para la calle (2002).

en lo que se refiere a la adquisición de alimentos y a las necesidades vitales para rechazar la supervivencia.

Javier (19 años, en situación de calle desde los 5 años): «Mi vida en la calle es tomar, tomar y tomar todos los días [...] A veces extrañas a la familia cuando estás lejos, pero cuando te encuentras en la calle es otra cosa. Tienes que saber cuidarte, pelearte si es necesario [...] En mi grupo, diez salen a lustrar botas, los demás trabajan en los buses como cobradores para el chófer y otros se van a pedir limosna. Piden verduras, sobre todo para cocinar en el grupo. Hay otros que salen a robar también».

El grupo encubre una dimensión identitaria para los niños y constituye al mismo tiempo la condición de su supervivencia en la calle. La pérdida del vínculo social es muy temida, pues expone a los niños y jóvenes a la violencia de la policía, incluso a la «desaparición social» que menciona Riccardo Lucchini. En estos grupos, el «aplastamiento del género» que analiza Charles-Édouard de Suremain (2006) se desdobra de un «aplastamiento de la edad». La edad social que remite al estatus de niño, adolescente o adulto joven importa poco; el modo de vida en la calle y las marcas que deja en los cuerpos por el consumo abundante de alcohol, las cicatrices debidas a las peleas o a la automutilación reducen al mínimo las diferenciaciones de edad al beneficio de un solo calificativo de *gente de la calle*, que ciertas instituciones caritativas designan también como «población de calle». En la misma perspectiva, es poco frecuente identificar a un líder, como se solía observar antes, según los testimonios de los jóvenes que están en contacto o forman parte de grupos desde hace más de quince años. La diversidad de los trayectos personales a merced de los eventos que marcan la vida de cada uno induce entradas y salidas frecuentes que debilitan la jerarquización de estos grupos en beneficio de una mayor fragmentación y movilidad individual. En contrapunto a la solidaridad evocada líneas arriba, existen también conflictos y peleas que provocan, entre grupos rivales y al interior de cada uno, nuevas situaciones de ruptura en las relaciones entre niños, e incluso graves heridas y homicidios. No obstante, todos comparten una historia y experiencias similares, en particular el hecho de romper parcial o totalmente los vínculos con la familia, y se reconocen de hecho en un mismo trayecto iniciático. En *Outsiders*, Howard Becker explica que:

[l]os miembros de grupos desviantes organizados tienen por supuesto algo en común: su desviación. Ella les da el sentido de tener un destino en común. La conciencia de compartir un mismo destino y de encontrar los mismos problemas engendra una subcultura desviante, es decir, un conjunto de ideas y de puntos de vista sobre el mundo social y sobre la manera de adaptarse a él, así como un conjunto de actividades rutinarias fundadas en estos puntos de vista (Becker, 1985, pp. 60-61).

La «identidad desviante» mencionada por Becker se objetiva por el lenguaje y la existencia de un sociolecto únicamente entendido por los integrantes de cada grupo. Se trata de una de las actividades rutinarias que constituye un elemento performativo de la transgresión, al igual que el consumo de alcohol y de inhalantes. A lo largo del día, cada miembro aporta uno, dos o tres bolivianos en una especie de caja chica materializada por una gorra o un gorro. Con el dinero reunido, uno de los chicos del grupo acude a una bodega cercana para comprar una botella de alcohol para el conjunto del grupo. Esta práctica socializadora refleja una función de protección contra el frío y el hambre cuando los niños y jóvenes ya no tienen nada para comer desde hace varios días⁵. Ayuda también a aguantar el miedo a la policía antes de cometer un robo y para darse ánimo ante las dificultades inherentes a la vida en la calle.

Fabiola (20 años, en situación de calle desde los 15 años): «Pero más que todo en la calle tomábamos. Cada uno ponía su parte y por día podíamos terminar hasta ocho botellas de un litro de trago, alcohol puro mezclado con un poco de agua. Desde la mañana a veces empezábamos a tomar y eso durante todo el día e incluso hasta la noche. Algunos se dormían y apenas se despertaban se ponían a tomar. Otros salían a robar por la Multi, el reloj público. Robaban mantas, sombreros, celulares y luego volvían con plata. Yo también robaba todos los días el año pasado».

Cuando el grupo se organiza para la compra de comida, la colección de dinero para proporcionarse alcohol, la mejora del lugar de vida, como la comodidad del espacio para dormir o el lavado de la ropa y logra mantenerse alejado de las intervenciones policiales colocando su campamento fuera de la vista de los vecinos, instala cierta estabilidad que crea condiciones, sin duda alguna precarias, pero fuera de la supervivencia.

Sin embargo, se observa una creciente movilidad de los niños y jóvenes entre la calle, las instituciones de apoyo, la familia (a través de un regreso esporádico) e incluso la cárcel para aquellos detenidos después de un robo. Existen en La Paz y El Alto unas doce asociaciones y ONG de ayuda a los niños en situación de calle, las cuales ofrecen una serie de actividades deportivas, lavado de ropa, higiene corporal, comidas colectivas o capacitaciones en un oficio manual. Estas son asequibles para los niños y jóvenes de forma prolongada a través de una acogida a tiempo completo (centros cerrados), o algunos días a la semana (centros abiertos)⁶. Este sistema

⁵ De forma paralela, al consumo de alcohol, la inhalación de pegamento (*clefa*) o de disolvente (*tíner*) sigue siendo una práctica individual; cada niño compra estos productos para absorberlos con ayuda de una bolsa de plástico.

⁶ Entre las organizaciones más conocidas se puede mencionar a Alalay, la Fundación Arco Iris, Sarantañani de la Fundación La Paz, Maya Paya Kimsa o Luz de Esperanza en El Alto.

permite crear una rutina alternativa a la vida en la calle, sea para varias semanas o menos de acuerdo con su motivación, sea durante el día en paralelo a la vida con el grupo durante la noche. Ciertos educadores no dudan en subrayar la existencia de un «turismo institucional», cuestionando el enfoque «asistencialista» de estos programas en detrimento de una inserción social duradera fuera de un modo de vida en la calle. La expresión de «seminomadismo institucional»⁷ que proponemos es más apropiada por ser socialmente neutral. Refleja los traslados frecuentes de los niños entre instituciones que remiten tanto al medio asociativo como a las idas y vueltas repetidas en la familia (muchas veces por unos días), o en la cárcel. Algunos niños logran construir una rutina semanal a partir de estas ocupaciones y tejer vínculos con trabajadores sociales con el fin de encontrar alguna ayuda en caso de problema de salud (herida, enfermedad, fractura). La presencia importante de estos espacios de recursos les da asimismo la oportunidad de mantener un modo de vida en la calle y contar con un apoyo exterior. En estos últimos años, la evolución del panorama de los niños y jóvenes en situación de calle acarrió un debilitamiento de los grupos de niños en la calle y su menor identificación como subcultura o contracultura de calle, disminuyendo por lo tanto una identidad relacionada a su pertenencia al universo en la desviación.

Por otro lado, las actividades de los niños y jóvenes están entrecortadas por secuencias de trabajo en el sector informal, aunque la mayoría se dedica más al robo como fuente de recursos, a pesar de las exposiciones a la violencia policial⁸. Sobre este punto, una comparación sencilla permite constatar la ventaja económica que proporciona el robo (aproximadamente 300 bolivianos al día, es decir, unos 140 nuevos soles), a diferencia de las actividades informales más comunes y no perseguidas por las autoridades, como el lustrado de botas (25 a 30 bolivianos al día) o la limpieza de parabrisas (entre 15 y 20 bolivianos).

Anthony (fallecido a los 16 años, en situación de calle desde los 8 años): «Cuando me fui de mi casa, me puse a trabajar y a trabajar, primero como cobrador en los buses. Y luego, conocí a unos amigos que me dijeron «vamos a hacer tal cosa, vente con nosotros». Entonces me puse a robar, plata y los sombreros de las chollitas. La policía me agarraba a veces, pero lograba ganar hasta 1000 bolivianos al día, solo robando unas horas».

⁷ El «seminomadismo» remite efectivamente a un modo de vida intermediario entre el nomadismo y el sedentarismo, según una pluralidad de lugares de residencia pero en un número limitado y en emplazamientos predeterminados.

⁸ Conviene mencionar también la prostitución en el caso de adolescentes y jóvenes.

La vida de los niños y jóvenes en situación de calle se caracteriza por una sucesión de diferentes espacios de socialización o «entornos» y una evolución de secuencias que revelan transiciones entre condiciones más o menos aceptables y peligrosas.

5. LOS VAIVENES ENTRE LA PRECARIEDAD Y LA SUPERVIVENCIA: LA IMPORTANCIA DE LOS “SOPORTES”

La precariedad es una noción multiforme que evoluciona en el tiempo según los acontecimientos positivos y negativos que marcan los itinerarios de cada niño. Las asociaciones de ayuda son entornos que proporcionan estabilidad a los niños y favorecen una vida cotidiana fuera de la supervivencia. Reciben comida tres veces al día, una asistencia médica si lo requieren, se les prohíbe consumir alcohol o inhalantes y las jornadas están ocupadas por actividades de capacitación o diversión (partidos de fútbol, televisión, etc.). Sin embargo, muchos niños y jóvenes experimentan importantes dificultades con los educadores y de adaptación a estas estructuras normativas en períodos prolongados. Las idas y vueltas a la calle son, por lo tanto, frecuentes. Recuerdan a los niños su autonomía y libertad de elección, a las cuales los educadores no siempre se oponen. Las estadías en las instituciones de apoyo representan secuencias de estabilidad en trayectos marcados por la discontinuidad y la incertidumbre. Pero la calle puede variablemente llevar a un regreso a condiciones de vida en la supervivencia. Cuando el niño encuentra un trabajo legitimado y valorado como lustrador de botas o cobrador en un bus, se beneficia de un espacio estable de recursos. De igual manera, la vida en grupo con otros jóvenes puede producir cierto equilibrio con tal que su dinámica se caracterice por prácticas de solidaridad y no por relaciones de fuerza con grupos rivales. Sin embargo, los grupos de niños se escinden regularmente a raíz de discrepancias, disputas y peleas, lo cual expone a cada miembro a una evolución hacia la supervivencia.

Carla (20 años, en situación de calle desde los 15 años): «Algunos mueren por el exceso de alcohol, otros mueren apuñalados. Hay violencia al interior de los grupos, incluso entre amigos. Por culpa de la borrachera, empiezan a discutir y luego a pelearse, por celos por las chicas, por historias de pareja, se dan muy duro. Otros se pelean por el trago, la droga, la *clefa*, por todo lo que puede pasar».

A pesar de la situación de vulnerabilidad y la carencia material, los niños y jóvenes encuentran recursos (trabajo, capital social) que se renuevan, se transforman o se recomponen, y que desarrollan a partir de habilidades que les permiten adaptarse a la calle. Es ahí cuando el concepto de estrategia —más que la noción de «táctica» que se inscribe en el «aquí y ahora» (Soulet 2003)— cobra importancia. En este contexto, no remite a la teoría de la elección racional pero hace eco a la teoría de Pierre Bourdieu como acción que se deriva del *habitus*, producto del con-

texto social y del margen de maniobra dejada al actor frente a las limitaciones de la precariedad. Es pertinente, pues, hablar a la vez de estrategias de adaptación y de subsistencia (Léonetti, 1994) más que de supervivencia, que se aparenta a un oxímoron: la estrategia se proyecta en un tiempo relativamente lejano, mientras que la supervivencia se inscribe en la inmediatez. Las estrategias de adaptación remiten al aprendizaje de códigos de comportamiento en la calle en las prácticas cotidianas de los niños (enfrentar o esquivar las escenas de violencia entre pares o entre grupos, colaborar para la compra de alimentos o de bebidas alcohólicas o hacerse curar después de una herida). En cuanto a las estrategias de subsistencia, se relacionan con las técnicas y a la elección de un trabajo (lustrado de botas en la vía pública) o a una actividad perseguida por la policía (tirón o tráfico de falsos billetes) para adquirir un ingreso y salir adelante sin el apoyo material de la familia o de sus allegados.

Óscar (19 años, en situación de calle desde los 5 años): «Yo trabajaba en la calle desde los 6 años lustrando zapatos. Tenía un amigo de Cochabamba, mayor que yo, cuando estaba en La Paz, en la ciudad abajo. Él me dejó primero sus cosas y me enseñó cómo lustrar zapatos. Me iba por todos lados en la ciudad y luego subía a La Ceja. Lustraba desde las 6 de la mañana hasta las 3 de la tarde. Ganaba 10 centavos por cliente. Ya no iba al colegio, pero salía adelante, pues tenía para comprarme comida y vivir más o menos normalmente».

Se va instaurando un sentimiento de pertenencia con el universo de la calle, una independencia hacia la familia que los niños valoran por oposición a las situaciones que vivieron en el pasado. La noción de soporte desarrollada por Robert Castel y Claudine Haroche (2001) es indispensable para entender la dimensión de los recursos asequibles a los niños y jóvenes como el medio institucional, el trabajo y el grupo. El soporte remite primero al espacio de protección ante los riesgos de la existencia como forma de anticipación a los eventos indeseables antes de su ocurrencia (como la muerte por consecuencia del frío o de un exceso en el consumo de alcohol). Permite luego una forma de pertenencia y de integración en la sociedad. Por lo tanto, el soporte debe ser entendido como la condición objetiva de posibilidad de adquisición de recursos para el individuo, bases sobre las cuales se puede apoyar para desarrollar estrategias personales.

Un soporte tal como un trabajo regular y valorado como factor de continuidad o la vida en grupo fuera de la violencia entre grupos equivale a una forma de propiedad que permite al niño crear estabilidad. Los hogares de acogida son espacios asequibles a los niños gracias a su estatus de «niño de la calle» y les dan un punto de apoyo en caso de problemas de salud (fractura, enfermedad), o incluso para esconderse y evitar una agresión o un ajuste de cuentas. Los soportes dan, pues, a los niños el acceso a la implementación de estrategias de adaptación, o según los casos, de subsistencia. A falta de estas, se encuentran en una situación progresiva de

desafiliación, la cual significa una evolución hacia la supervivencia. La variación de los soportes que aparecen o desaparecen a lo largo del trayecto de los niños crea algún vínculo social que transforma su vida y los posiciona entre la precariedad —y formas de precariedad «bajo control»— y la supervivencia como desaparición sucesiva de todos los soportes en la cual solo importa el hambre y una relación con el tiempo reducido al muy corto plazo. La construcción —y luego el mantenimiento— de una red social continúa entre los soportes del trabajo, del medio institucional y del grupo permite crear estabilidad y escaparse para los niños y jóvenes de tal situación, con tal de evitar los comportamientos que la sociedad reprueba, como el robo.

Edwin (22 años, en situación de calle desde los 7 años): «La ventaja de robar es que juntas plata muy fácil y rápidamente, pero la desventaja es que, cuando la policía te agrarra, te da muy duro y abusa de ti [...] Otra situación es cuando la misma gente te quiere pisar y te quiere quemar vivo. Hay mucha gente que se amontona y te empieza a echar carbón [...] Empiezan a animar a todos los demás para matarte y la gente sigue».

6. CONCLUSIÓN

Con respecto a los resultados presentados, la noción de supervivencia se puede definir como un estado temporario o prolongado en el cual se manifiesta una alteración de las referencias cotidianas (pérdida de vínculos sociales y de soportes), a tal punto que la misma existencia de los niños se cuestiona ante los riesgos de la muerte. Ya no pueden contar con ningún recurso externo —individual, familiar o institucional— que pueda proporcionarles una estabilidad y una implementación de rutinas para escaparse de una relación con el tiempo reducido al día a día, exponiéndoles a una desaparición tanto social como física frente a la violencia simbólica o real del mundo exterior.

La investigación realizada en La Paz y El Alto muestra en qué medida los trayectos sociales de los niños y jóvenes en situación de calle están entrecortados por secuencias entre la calle, los centros de acogida, vueltas con la familia, actividades lucrativas y la cárcel para algunos. Esta constatación conduce a cuestionar la etiqueta de «niños de la calle» atribuida a esta población, en particular por los medios de comunicación, las autoridades políticas y también el medio humanitario y del desarrollo. Por otro lado, un número creciente de niños, y sobre todo de jóvenes, afirman que prefieren invertir un monto cotidiano de unos 5 bolivianos (aproximadamente 2 nuevos soles) para tener una habitación básica en un hostel antes que dormir en la calle y enfrentarse con las evicciones de las autoridades municipales o de la policía. Esta elección corresponde con la oferta hecha por los dueños de estos hostales de sacar provecho de esta demanda, que coincide con la modalidad frecuente de prostitución en la cual las mujeres encuentran a sus clientes en un

bar cercano para luego tener relaciones sexuales tarifadas en estos establecimientos. Estos elementos enseñan que la categoría «niños de la calle» se puede cuestionar, pues es demasiado restringida para tomar en cuenta la realidad de estos niños para quienes la calle es solo uno de los cuantos espacios que ocupan su vida cotidiana.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Becker, H. (1985). *Outsiders. Études de sociologie de la déviance*. París: Métailié.
- Bresson, M. (2007). *Sociologie de la précarité*. Paris: Armand Colin.
- Castel, R. (2009). *La montée des incertitudes: travail, protections, statut de l'individu*. Paris: La couleur des idées.
- Castel, R. y C. Haroche (2001). *Propriété privée, propriété sociale, propriété de soi*. Paris: Hachette.
- Cavagnoud, R. (2011). *Entre la escuela y la supervivencia. Trabajo adolescente y dinámicas familiares en Lima*. Lima: FT, IEP, IFEA.
- Cavagnoud, R. (2012). *L'enfance entre école et travail au Pérou. Enquête sur des adolescents à Lima*. Paris: Karthala.
- Cavagnoud, R. (2013). L'intégration d'une pratique sexuelle dans l'économie informelle. La prostitution adolescente à Lima. *Actes de la recherche en sciences sociales*, 198, 95-103.
- Fassin, D. (1996). Exclusion, underclass, marginalidad. Figures contemporaines de la pauvreté urbaine en France, aux États-Unis et en Amérique Latine. *Revue française de sociologie*, 37(1), 37-75.
- Hecht, T. (1998). *At Home in the Street: Street Children of Northeast Brazil*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Herrea, J., M. Razafindrakoto y F. Roubaud (2006). *Gouvernance, démocratie et lutte contre la pauvreté. Enseignements tirés des enquêtes auprès des ménages en Afrique sub-saharienne et en Amérique Latine*. Paris: Direction Générale de la Coopération Internationale et du Développement, Ministère des affaires étrangères.
- Léonetti, T. (1994). Les stratégies de réponses. En V. De Gaujelac y T. Léonetti (eds.), *La lutte des places: insertion et désinsertion* (pp. 181-227). Paris: Desclée de Brouwer.
- Lucchini, R. (1993). *Enfants de la rue, identité, sociabilité, drogue*. Ginebra/París: Droz.
- Lucchini, R. (1996). *Sociologie de la survie: l'enfant dans la rue*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Lucchini, R. (1997). Entre fugue et expulsion: le départ de l'enfant dans la rue. Disponible en www.unifr.ch/socsem/Fichiers%20PDF/Entre%20fugue%20et%20expulsion.pdf
- Márquez, P. (2002). *The Street Is My Home: Youth and Violence in Caracas*. Stanford: Stanford University Press.
- Merienne Sierra, M. (1994). *Violence et tendresse. Les enfants de la rue à Bogotá*. Paris: L'Harmattan.
- Morelle, M. (2007). *La rue des enfants, les enfants des rues. Yaoundé et Antananarivo*. Paris: CNRS.

- Nencel, L. (1996). Pacharacas, putas and chicas de su casa: Labelling, Femininity and Men's Sexual Selves in Lima, Peru. En M. Melhuus y K.A. Stolen (eds.), *Machos, Mistresses, Madonas: Contesting the Power of Latin American Gender Imaginary* (pp. 56-80). Nueva York: Verso.
- Pérez López, R. (2007). La trayectoria del niño de la calle: entre inestabilidad y continuidad. En N. del Río Lugo (ed.), *Niñez y juventud: dislocaciones y mudanzas* (pp. 71-87). México DF: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- Pérez López, R. (2009). *Vivre et survivre à Mexico. Enfants et jeunes de la rue*. París: Karthala.
- Pérez López, R. (2010). *Le vice c'est le caillou. Expériences de la rue à México*. París: Grinkgo.
- Scarnecchia, A. y R. Cavagnoud (2013). Los chicos lustra calzados de La Paz: el uso del pasamontañas como forma de máscara y símbolo de identidad. *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, 42/3, 491-503.
- Soulet, M.H. (2003). Penser l'action en contexte d'incertitude: une alternative à la théorisation des pratiques professionnelles? *Nouvelles pratiques sociales*, 16(2), 125-141.
- Stoecklin, D. (2000). *Enfants des rues en Chine. Une exploration sociologique*. París: Karthala.
- Suremain, Ch.É. (de) (2006). Affinité horizontale et stratégies de survie parmi les «enfants de la rue». La bande Solitarios a La Paz (Bolivia). *Revue Tiers Monde*, 185, 109-128.
- Suremain, Ch.É. (de) (2013). Des corps à la rue. Petite histoire d'une recherche-action participative auprès d'une bande d'enfants de la rue à La Paz (Bolivia). *Corps*, 11, 213-224.
- Taracena E. y M.L. Tavera (2005). La función del grupo chez les enfants des rues à México. En S. Tessier (ed.), *Contribution socio-anthropologique à l'enfant en grande difficulté dans l'espace public* (pp. 13-38). París: L'Harmattan.

Recibido: 3 de noviembre, 2014

Aceptado: 10 de septiembre, 2015